

atmósfera brumosa, una humedad que templó los ardores del sol y favorece en gran manera la vegetación. Los ricos habitantes de las tierras bajas se refugian aquí durante la estación seca, y los convalecientes de la Tierra Fria vienen también á buscar un clima más benigno. El naranjo, el plátano y la palmera embellecen sus huertas; el árbol de la pimienta y el olivo se mezclan con el liquidambar y la encina en los bosques vecinos. La caña, el tabaco, la canela, la jalapa y la zarzaparrilla crecen al lado de las leguminosas de Europa y del trigo que no grana, es verdad, pero que se cultiva para forraje y techos.

Así situada, Jalapa presenta desde las alturas inmediatas la más bella perspectiva. En el interior, la fisonomía no es menos típica. Esta pequeña ciudad, que cuenta 8 ó 10,000 almas en tiempo ordinario, es una de las más bellas, y sobre todo una de las más limpias de la República. Las calles, sin embargo, tienen poco desahogo, son estrechas y algunas irregulares: las casas tienen poca elevación, pero están alegremente pintadas interior y exteriormente; las ventanas de la planta baja son gigantescas y descienden casi al nivel de la acera, como para dejar que pase al través de sus rejas de hierro todo el aire posible, mientras que cortinas interiores templan los rayos del sol y suavizan la luz. En todo esto hay un sabor andaluz muy marcado. Por detrás de las cortinas se ven brillar á la sombra pálidos, pero bellos rostros. Las jalapeñas tienen fama en todo Méjico, de bellas, y graciosas sobre todo; fama que no me parece usurpada. Su tez es mate, pero de gran blancura; y esta falta de brillo y transparencia tiene allí un encanto indecible, lo mismo que la crudeza de tonos en la decoración de los edificios toma de la cálida y espléndida luz de los trópicos, una alegre armonía, de que uno no sabría darse cuenta á la pálida claridad de nuestro sol.

La plaza Mayor es poco notable, y no me hubiera dejado buenos recuerdos, á no estar animada con el bullicio de un mercado. Una fuentecita se eleva en el centro; en un lado una iglesia, embadurnada de pajizo, de blanco, de chocolate, de vino y otras tintas propias de las barberías de los pueblos; en las otras fachadas, casas con portales aplastados en cuya decoración domina el ocre.

Pero la vista del mercado distrae la vista de tales aberraciones: en él se suelen encontrar nuevos tipos. El indio de la Tierra Caliente viene á vender los frutos de su jardín. No llevan más ropas que una camisa, cuyos paños flotan libremente por encima de unos calzoncillos blancos; algunos usan el sombrerillo de paja de forma redonda, como los de los pastores de la Arcadia. Las indias envuelven sus formas en una especie de manto, blanco ordinariamente, vestidura que como la sarapa tiene un agujero en el centro para pasar la cabeza, y cuyos pliegues caen sobre

una tunique azul, roja ó amarilla: un bordado de dibujo etrusco y de color fuerte adorna la orilla del manto y de la túnica. Su cabellera, profusa y negra, va trenzada con cordones rojos, pendiente á la espalda ó rodeada á la cabeza. Este traje es característico, y cuando lo lleva una joven bien formada, gallarda y briosa en su andar, y cuando anda llevando en la cabeza un canasto de flores ó de fruta, ó bien un vi-driado de forma antigua que mantiene en equilibrio con su brazo elegante y torneado, se creería ver animarse un fresco de Pompeya.

Cerca de allí pasan algunos *jarocho*s con su fina camisa de batista bordada, calzoneras de terciopelo, faja de seda roja en que va el machete, especie de daga ó cuchillo de caza, y con su sombrero de paja de anchas alas. El *jarocho* es el campesino de la provincia de Vera Cruz; es las más veces una mezcla de las tres razas conocidas, la blanca, la roja y la negra; y de este extraño cruzamiento ha resultado, bajo el fuego de Cáncer, una sangre de lava en ebullición, en un cuerpo formado por músculos de acero.

El *jarocho* es pastor y recoge, además, todo lo que la naturaleza produce sin mucha ayuda dentro de la cerca que rodea su cabaña; porque el *jarocho* no es muy inclinado al trabajo, pero esta indolencia criolla se dobla en él con la energía para el placer que pertenece á la sangre negra. Gozar con furor es la última palabra de la vida: el juego, la bebida, la música, el baile y el amor absorben todos sus ocios. Independiente, audaz y delicado hasta el extremo, en punto de honor, suele apelar á su machete para las decisiones. Por lo demás, leal y franco, probo y hospitalario, es un buen muchacho, en suma.

El *jarocho* es de mediana estatura, enjuto y de color, entre aplomado y amarillo.

Estado de Vera Cruz.—El Lencero.—El puente nacional.—Una fiesta nocturna en Tierra Caliente.—El ferrocarril de Vera Cruz.—Un *norte*.—Vera Cruz.—Partida.

Jalapa es capital de distrito: el Estado de Vera Cruz cuenta nueve entre todas: las otras ocho son: Tampico, Papantla, Misantla, Vera Cruz, Jalacingo, Orizaba, Córdoba y Cosamalhuapan. Los distritos meridionales de Juxtla, Acahuacán y Huimanguillo formaban parte de aquel en otro tiempo; pero algunos años después de la revolución fueron separados para formar el Estado de Guerrero.

La población de la provincia es de 275,000 habitantes, su área de unos 72,000 kilómetros cuadrados: es más grande que Bélgica y Holanda juntas. El litoral es mal sano: el vómito negro y las fiebres biliosas reinan en las lagunas y pantanos, que numerosos riachuelos ó las mismas lluvias forman en terrenos demasiado bajos. Bien que no llueva sino algunos meses, la cantidad de agua que entonces cae es es-

pantosa. Humboldt la gradúa en 1 metro y 62 centímetros, mientras que en Francia apenas es 80 centímetros. También contribuyen á conservar esta humedad los inmensos bosques vírgenes, que dan además un enorme detritus á la putrefacción de los pantanos.

A las cuatro de la tarde nos llamaron á la diligencia y esta vez había un lleno completo, lo que no era muy agradable, por cierto, en un clima como aquel á que íbamos á someternos. El primer relevo es la venta del Lencero, establecimiento fundado poco

tiempo después de la conquista por un aventurero español conocido por este apodo.

No lejos de la venta se ve una casa de campo que pertenece á Santa Ana. Este hombre de Estado es, como si digéramos el marqués de Carabas en la provincia de su naturaleza. De Jalapa á Vera Cruz es superfluo preguntar por el propietario de los ranchos y haciendas que se atraviesan: todo pertenece á don Antonio, *el diablo cojuelo*.

La comarca es descubierta y harto monótona: al Oeste el blanco pico del Orizaba resplandece á lo lejos



Puente nacional.

bajo los rayos del sol. Este rey de la cordillera tiene 5,295 metros de elevación; á su pie y en la vertiente que mira al golfo se hallan las ciudades de Orizaba y de Córdoba, célebres por sus cultivos de tabaco.

Ya era de noche cuando pasamos el *Plan ó Llano del Río*. Desde allí pasamos al Puente nacional, el camino desciende continuamente y Dios sabe el estado en que se encuentra. Mis recuerdos de viaje no me representan nada tan fantástico como el tratamiento á que fuimos sometidos por espacio de algunas horas: no sé qué enfermedad podría producir ó curar á la larga, pero creo que debió provocar una grave revolución en la economía animal. Los ejercicios del desgraciado Ragotin sobre su rocín, no darian sino una idea imperfecta de ello, y la mejor imagen que hallo para pintar nuestra situación es compararnos á algunos granos de plomo en una botella que se enjuaga. El carruaje iba prudentemente al paso, y sin embargo tenía un movimiento oscilatorio, constante, irregular, de alto á bajo, capaz de marear á un piloto. Con frecuencia un escollo más grave destruía aquella funesta armonía y al golpe daba un salto cada viajero; éste, tocaba con la cabeza en el techo; el otro, caía encima de sus compañeros, etc. Si se añade á todo esto un calor infernal y una sed abrasadora, se tendrá una

idea de los encantos del viaje. Nosotros nos consideramos en el deber de protestar con cantos estravagantes de nuestra ridícula situación.

Comprendo hasta cierto punto que en un país donde la devoción es tan costosa, no se haya podido componer este maldito camino; pero á lo menos se hubiera podido suprimir del todo, y esto á poco coste á mi parecer.

A media noche cenamos malamente en el Puente Nacional. Este pueblecillo está situado á la orilla de una hondura, y aprisionado entre alturas cubiertas de bosque, por cuyo fondo corre el río de la *Antigua*. La *rica ciudad* de Vera Cruz, fundada por Cortés á 12 leguas al Norte de la ciudad actual, cerca del puerto de Quiabistlan, fue transportada algunos años después á la embocadura de este río. Mas tarde aun, se vió surgir en frente de San Juan de Ulloa la ciudad actual que tomó el nombre de *Vera Cruz Nueva*, dejando al otro establecimiento desheredado la denominación de Antigua, que lleva el río también; *rio de canoas de los conquistadores*. El puente es una obra atrevida y rara, cuya línea curva une las ásperas paredes del barranco.

Los vaivenes volvieron á empezar más allá del puente; el calor crecía cada vez más y el coche era una verdadera estufa donde nos derretíamos gradual-

mente. Sin embargo, el camino se mejoró un tanto cerca del *Paso de Orejas* y yo aproveché esta ocasión para dormirme. Las ruidosas exclamaciones de mis compañeros me despertaron muy luego: el carruaje se había parado, y un espectáculo maravilloso se veía por la portezuela. Estábamos en medio de un bosque;

las copas de los gigantes árboles y los graciosos abanicos de las palmeras, se recortaban sobre el fondo azul del cielo estrellado, por encima de algunas cabañas de puntiagudos techos: una de ellas estaba iluminada; bajo su porche tres jóvenes subidos sobre una especie de estrado cantaban al son de sus guitar-



India de Tierra Caliente.

ras, y algunas parejas de ambos sexos, medio cubiertos de seda, terciopelo y muselina, con el cabello en desorden, bailaban apasionadamente. Una multitud entusiasmada se agrupaba en rededor; unos á pie, otros en sus mulas ó caballos ricamente enjaezados, resoplando y piafando como si participaran de la embriaguez general. En el interior de la cabaña el *guarapo* y las *chichas*, aguardiente de caña, de ma-

nioc y de maiz, corria en abundancia para conservar el fuego sagrado.

Hay en el museo de Luxemburgo un cuadro de Mr. Giraud que representa á unos campesinos españoles en una fiesta: si se añadieran á esta ardiente pantomima, ensanchando el cuadro, una decoración de bosque vírgen y los prodigiosos efectos de la roja luz de las antorchas en medio de la noche, se

tendría un precioso boceto de una de las escenas más animadas de que he sido testigo. ¡Cuánto sentí entonces haber vendido mi caballo y tener que partir en aquella galera! Tomar la diligencia en aquellas regiones

nuevas, es decir adios á todo lo que para mí constituye el encanto del viaje, es renunciar á sorprender los secretos del color local, es dormirse, como yo lo había hecho, encomendándose al azar para desper-



Indias de Tierra Caliente.

tarse y cuando ocurra por casualidad un sueño tan espléndido, el látigo del postillon lo hará huir como una ilusión engañosa.

El día nos sorprendió cerca de la parada de Paso de Zopilotes en medio de los bosques animados por los gritos del papagayo. De trecho en trecho se abre una clara en que se estiende un prado ó un cañaveral. Atravesamos algunos villorrios: Manantial, el Lagar-

to, compuesto de algunas cabañas de techo puntiagudo y rodeadas de jardín. Al través de los intersticios del bambú, la mirada penetra sin dificultad en el misterio del hogar: una hamaca hay suspendida á unos postes angulares, una mujer se está ataviando, otra hace tortillas. En la puerta juegan unos muchachos en traje de paraíso terrenal: algunos jarocho vuelven á nosotros sus grandes ojos negros. Muchos